

## el hombre de nadie

EN conmemoración del centenario de su nacimiento y como homenaje al autor, Rafael Gil ha adaptado al cine «Es mi hombre», de Carlos Arniches. Una traslación a nuestra época, como la ha hecho Gil del texto del dramaturgo alcañino, no era posiblemente el mejor método: el material arnichesco tiene sentido en su contexto histórico; ese garbo popular, captación inmediata y periférica de cierto estrato social, humor coloquial y chiste fácil, alcanzan justificación si situamos el teatro de Arniches en su perspectiva exacta, sin tratar de amodernizarlos.

Sin embargo, Bardem hizo «Calle Mayor» a partir de «La señorita de Trevélez». Precisamente lo que utilizó Bardem del texto de Arniches fue la situación básica: las condiciones ambientales que presionaban sobre unas conductas. Históricamente, el clima moral que reflejaba la obra de Arniches subsistía cuando Bardem realizó su película. Lo que se habían modificado eran las circunstancias condicionantes, justamente lo que Bardem replanteaba a otro nivel. De ahí la validez de su película, aunque posiblemente los devotos de Arniches lamentaran la ausencia de diálogos y escenas en tono de sainete.

Arniches fue un prolífico autor teatral que se especializó en el tema del populismo. Para el espectador burgués —en lo que va de siglo, en España, la única clase social espectadora de teatro es la burguesía— era un reconfortante espectáculo contemplar a las «pobres gentes» que pintaba Arniches: esos tipos suburbiales siempre tenían el donaire a flor de boca, el chascarrillo pronto, el requiebro fácil; en el fondo, Arniches enjugaba la mala conciencia de ese público burgués, alimentando el tópico del pobre pero contento. Los barrios extremos y miserables del Madrid de principio de siglo eran para Arniches un buen pretexto estético; por la misma época otro escritor, no tan celebrado por la burguesía lectora, reflejaba en su trilogía «La lucha por la vida» idénticos escenarios y ambientes, similares personajes. Cambiaba, eso sí, la óptica con que ese material era examinado. El resultado era, por supuesto, radicalmente diferente. La pobreza de aquella «pobre gente» ya no era motivo de chingotía; la realidad era bastante más áspera de lo que querían hacernos creer las amables, sentimentales y divertidas comedias de don Carlos Arniches. ¿Por qué no hablar también de aquel Madrid suburbial, de aspecto hosco y desapacible, que Valle Inclán describe fugazmente en «La corte de los milagros»? ¿Qué película podrá hoy día atender a esa otra visión —quizá la verdadera— que Baroja y Valle nos ofrecieron? Al menos podemos esperar que alguno de nuestros realizadores se acuerde de Valle Inclán, puesto que en este año se celebra también su centenario. Pero es probable que se prefiera adaptar a Benavente, el tercer autor a conmemorar en estos días.

Rafael Gil tiene larga experiencia en adaptaciones de obras literarias. «La casa de la Troya» y «Currito de la Cruz», de Alejandro Pérez Lugín; «Rogelia», de Armando Palacio Valdés; «El clavo», «La prodiga», «La fe», de Pedro Antonio de Alarcón; «El fantasma y doña Juanita» de José María Pemán; «El hombre que se quiso matar», «Huella de luz», «Camarote de lujo», de Fernández Flórez; «Mare Nostrum», de Blasco Ibáñez; «La noche del sábado», de Benavente; «El gran galeoto», de Echegaray; «Murió hace quince años», de Giménez Arnau; «La vida nueva de Pedrito de Andía», de Sánchez Mazas... Esta larga relación —en la que quizá no estén todas las que son— me parece suficientemente expresiva sobre las inclinaciones literarias y temáticas de Gil. Como abroche de oro a tan extensa lista no hay que olvidar la adaptación de «Don Quijote».

Junto con Sáenz de Heredia —otro prolífico adaptador de obras literarias—, Rafael Gil es el más prestigioso realizador del viejo cine español. Ajeno a los nuevos métodos de narración y realización, Gil concibe sus películas como en sus mejores tiempos, fiel al esquema que le ha proporcionado tantos éxitos. «Es mi hombre», su última adaptación hasta la fecha, es fiel a Arniches en lo esencial, en el espíritu conformista y enmascarador de la realidad que distinguía al hábil autor teatral. No por transformar una casa de juegos en club ye-yé se amoderniza a un autor. Por otra parte, es un tanto arriesgado pensar que el equivalente de la casa de juego de antaño sea el club ye-yé de hoy... En líneas generales, se ha conservado la definición del personaje central, ese pobre hombre, representante de la «pobre gente», que lucha en la vida con las armas de la dignidad y la honradez. Todo esto es muy hermoso y la dignidad y la honradez son virtudes que conviene propagar..., siempre que no sirvan de coartada para hacer la apología del conformismo y del anarca para nada. No se puede ridiculizar a una juventud que no se comprende, no se puede ironizar sobre un tema sin conocerlo bien. No se puede fotografiar un supuesto club ye-yé —que nada tiene que ver con ninguno que exista en la realidad, aunque se advierta que el decorador se ha inspirado algo más que libremente en uno muy frecuentado que existe en la capital— dando a entender que aquello es poco menos que un centro de anarquía y disolución. No basta con ser «pobre pero honrado», como este quejumbroso monigote que describió Arniches en «Es mi hombre»: hay que afrontar la realidad si se pretende ejercer una crítica constructiva; y si no, no valen las moralejas, por muy pretendidamente ahumanistas que sean.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS



## BELLEZA DEL BUSTO

Serum "D"  
Desarrolla  
Serum "S"  
Reafirma



# LANCASTER

Arrête la marche du temps